

Francisco Copello, precursor de la performance en Chile, lanza sus memorias

El hombre de las mil caras publica sus archivos secretos

Adelantado creador de acciones de arte, el autor ofrece ahora un libro donde relata los pormenores de su agitada, vanguardista y glamorosa trayectoria.

RODRIGO CASTILLO

Francisco Copello podría haber sido el fundador del género de la performance en Chile, pero tuvo la mala suerte de que su acto pionero —una representación corporal basada en el cuadro "Manicomio", de Goya— haya sido programado nada menos que para el 12 de septiembre de 1973.

"Ese día yo iba a inaugurar una exposición de collages fotográficos en el Museo de Bellas Artes, y quería complementar la apertura de la muestra con mi acción de arte, pero se produjo el golpe militar y todo quedó trunco, lo que fue muy malo para mí porque perdí varias obras que tenían gran valor artístico y personal", recuerda este hombre de 62 años, quien hoy lanza un libro donde narra los más significativos episodios de su agitada trayectoria.

En el volumen, titulado "Fotografía de performance: análisis autobiográfico de mis performances" (Ocho Libros Editores), Copello ofrece un relato en primera persona de su intensa relación con el arte,

Francisco Copello fue uno de los primeros artistas chilenos en utilizar su propio cuerpo como soporte de sus obras. En la imagen chica, otra faceta de su creatividad: el collage fotográfico.



centrando su atención en el período en que, encontrándose en Europa, descubrió que podía unir la plástica, el histrionismo y la danza en cuadros que, al ser representados en público, adquirirían un fuerte carácter transgresor.

—Estudié arte en Florencia, entre 1962 y 1966, y me dediqué al grabado hasta que, en 1969, entré en

contacto con el mundo de la danza y la música —cuenta el autor—. Así, de estar encerrado en el taller, salí a un mundo en el que había gente que ya estaba haciendo cosas muy interesantes en el campo de la expresión corporal y las acciones de arte.

Utilizando su propio cuerpo como soporte, Copello encarnó



con ironía a varias divas del cine norteamericano y recreó algunas famosas obras de la pintura —entre ellas, "La última cena", de Da Vinci, y "Los jugadores de cartas", de Cézanne— en cuadros escénicos que, difundidos a través de fotografías o representados en vivo, le permitieron ganar una sólida reputación en el mundo de la vanguardia internacional.

Poseedor de una envidiable situación económica, conseguida gracias a su trabajo como grabador, el artista volvió a Chile —en 1972— con la intención de desarrollar una larga lista de actividades. Frustrado por el golpe militar, regresó a su vida errante y comenzó a realizar performances alusivas al drama que estaba viviendo su país natal.

En 1996, y tras pasar largas temporadas en Nueva York, Canadá e Italia, Copello volvió a Chile. Fogueado por la experiencia de

Disfraces y pestañas

El voluminoso Carlos Leppe, considerado el más importante cultor de la performance en Chile durante los últimos años, sale bastante mal parado en el libro de Francisco Copello.

En el capítulo en que narra su frustrado intento de realizar una intervención en el Museo de Bellas Artes, en 1973, Copello asegura que el joven Leppe se las ingenió para apoderarse de los apuntes relacionados con la pieza, para después usarlos en su propio beneficio.

Según Copello, Leppe recurrió a una "forzada simpatía y agudeza criolla" para convencerlo de prestarle las notas por un par de días, pero nunca se las devolvió. Con ello, dice el autor, Leppe recibió un completo repertorio performístico que incluía "no sólo los disfraces, estandartes y coronas, sino también los senos inflables y las pestañas postizas", y los fundamentos de un arte hasta entonces desconocido en Chile.

haber visto la decadencia de las vanguardias, "y después de haber conocido el lado mercantil del arte durante la consumista era Reagan", hoy se permite algunas evaluaciones.

—Ahora se ven cosas como la Casa de Vidrio o las fotos de Spencer Tunick, pero la esencia rupturista de la performance es algo del pasado —asegura, para luego entregar un elocuente dato: "En los años setenta hubo un artista en Viena que murió porque se castró en público, y eso es algo que, a estas alturas, ya no se ve en ninguna parte".